

# Una campaña antidemocrática



**E**l ministro del Interior acaba de denunciar una campaña antidemocrática, atribuyendo a sectores marginales la intención de crear el caos y una sensación de miedo en la gente, con la pretensión de "subvertir la ley y el orden institucional". Nada más ni nada menos.

Agregó que "las fuerzas antidemocráticas, de modo irresponsable, tratan de endilgar al Gobierno la autoría de los hechos porque pretenden demostrar que el sistema no tiene medios para defenderse". Tal vez corresponda decir que si de fuerzas antidemocráticas se trata, no actúan irresponsablemente, sino, en todo caso, perversamente, cuando imputan al gobierno la comisión de los delitos. El objetivo, por otra parte, no sería demostrar que el sistema no tiene medios para defenderse, sino, lo que es mucho más grave, que es atacado desde el Gobierno.

Pero la peligrosidad de la interpretación radica en el hecho de que cualquiera que responsabilizara al Gobierno por esa clase de hechos, debería ser considerado antidemocrático.

Pues yo me arriesgo a la descalificación. No porque suponga, todavía, que algunos de los hechos de violencia que han merecido la declaración del ministro han sido perpetrados por personal "que se ha ido de las manos", sino porque creo que desde los inicios mismos de su gestión, el Gobierno dio origen a una campaña antidemocrática.

De entrada, confundió su rol. En vez de ser el oficialismo, quiso ser la oposición de la oposición. Decidió, como antes en la historia argentina, elegir un enemigo y gobernar contra él. De esta manera, pareciera que el Gobierno supusiera que su misión es gobernar contra el radicalismo y su discurso centrarse en una diatriba permanente contra el gobierno democrático que los precedió.

**A**l mismo tiempo, sus comunicadores sociales procuran limitar el área de influencia de la oposición y una a veces inaguantable catarata de monólogos, reportajes, artículos y sofocantes programas de radio y televisión de cualquier género, están imprudente, temeraria e irresponsablemente dirigidos a desprestigiar a la política y a descalificar a los políticos. No tengo dudas. Para mí, la tarea de los comunicadores sociales del oficialismo, así como la que se desarrolla en el campo de la acción psicológica, tiene hoy una influencia negativa desconocida en la historia argentina y, se quiera o no, reaviva prejuicios de raíz autoritaria siempre vivos en sectores, si bien minoritarios, muy activos de nuestra sociedad.

Esa conducta, de escasa o ninguna racionalidad, cuyo lógico desenlace es el debilitamiento del universo de valores de la democracia, forma parte de una estrategia de alto

riesgo, tanto para quienes la desarrollan, como para el país en su conjunto.

Todas las instituciones de la democracia son erosionadas permanentemente ante la impavidez de casi todos, sin que se adviertan, hasta el momento, reacciones importantes de ninguna naturaleza.

Es que esa ofensiva, montada sobre el desconcierto de la ciudadanía provocado por la ruptura del contrato electoral del Gobierno, la corrupción generalizada y un estilo de conducción al menos inquietante, no logran superar a la extrema preocupación generada por la crisis económica y social.

Los avances sobre el Poder Judicial y el Legislativo, el desquiciamiento de los controles republicanos, el manipuleo de la opinión pública, las presiones de todo tipo, propias de la política del "apriete", siempre vinculadas a una característica pretensión hegemónica, ocupan un segundo plano en las dramáticas aflicciones de los argentinos.

En este mismo cuadro se insertan las declaraciones del Presidente, a veces francamente desaforadas, que recientemente culminaron con el repudio a cualquier posibilidad de acuerdo con la Unión Cívica Radical. ¡Preferible con el diablo!

**E**sto de convertirse en el Fausto de la política, tiene enormes riesgos. En primer lugar, porque nuestros problemas, más que técnicos son de naturaleza política, y solamente una auténtica vocación de unidad nacional, podrá resolverlos. Pero además, porque el deber de comprender a los demás, el deber de aceptar las leyes del diálogo, es un ineludible requerimiento de la ética política. La incapacidad de comprender el razonamiento ajeno, es como negar la humanidad ajena. Implica la descalificación a priori del adversario y, en última instancia, la relativización de la vida misma del otro. Sin voluntad de comprender el pensamiento ajeno, sin el reconocimiento de las propuestas diversas, la democracia puede pasar inadvertida, como una técnica más en un universo tecnocrático; en definitiva, como una forma engañosa de asentar el mando personal.

Faltar a la voluntad de comprender es una monstruosidad moral cuando se hace política. Es un crimen que se comete contra el sentido mismo de las instituciones, contra el espíritu de la unidad nacional y, en definitiva, contra el futuro de la sociedad argentina.

Esto es así porque la vida, el tumulto creador y muchas veces inesperado de la vida, es el máximo valor político. Solamente personas malintencionadas o carentes de imaginación, pueden deslindar el campo de la incompreensión, del campo de la violencia potencial. Por aquí empieza la "campaña antidemocrática".